

NUEVA REVISTA DE
FILOLOGÍA HISPÁNICA

Nueva Revista de Filología Hispánica

ISSN: 0185-0121

nrfh@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Pineda Martínez, Aramiz

Fernando Serrano Mangas, El secreto de los Peñaranda: el universo judeoconverso de la Biblioteca de Barcarrota. Siglos XVI y XVII. Alborayque, Extremadura, 2010.

Nueva Revista de Filología Hispánica, vol. LXI, núm. 1, 2013, pp. 235-239

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60246659011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

textos”, pero la producción de textos sólo se trataba en las unidades de “lengua escrita” y “recreación literaria”. La autora cierra el capítulo con la siguiente pregunta, relativa a las dificultades encontradas en los textos analizados de cuatro niñas que llevan de 4 a 6 años en el aprendizaje de la escritura: “¿son las dificultades que observamos, el resultado de un conocimiento parcial de los diferentes subsistemas que conforman la escritura o bien la falta de dominio del proceso (procesos) implicado(s) en el cómo apropiarse de este conocimiento?”.

Estos trabajos en conjunto muestran claramente que, si bien los libros de texto tienen ciertas carencias como herramienta básica en la enseñanza de la lengua en la escuela, la formación de los maestros es quizá el problema más difícil de resolver si el objetivo es elevar el nivel de dominio de las habilidades verbales de los niños.

Para terminar quisiera subrayar la importancia de estudios como los que aquí se publican, orientados a la solución de problemas de enseñanza y aprendizaje de la lengua en la etapa escolar; en ellos se establece un vínculo entre la investigación educativa y la lingüística. Asimismo, hay que señalar lo valioso que es contribuir a integrar un panorama en el que la colaboración entre los pedagogos, los psicolingüistas y los lingüistas sea posible.

No sólo merece destacarse la dificultad que encierra hacer este tipo de estudios, sino la enorme importancia que éstos tienen para mejorar la calidad de la educación en México. Para todos los interesados en el desarrollo del lenguaje en la escuela, y en el papel que desempeñan los libros de texto y los maestros en el desarrollo de las habilidades lingüísticas en los niños, este libro es una lectura obligada. Hay que celebrar su aparición y la posibilidad de que los trabajos aquí reunidos despierten entusiasmo por este campo de investigación tan apasionante como prioritario.

PAULA GÓMEZ

FERNANDO SERRANO MANGAS, *El secreto de los Peñaranda: el universo judeoconverso de la Biblioteca de Barcarrota. Siglos XVI y XVII*. Alborayque, Extremadura, 2010.

El secreto que guarda este libro ha vuelto en una nave, después de cuatrocientos años, hacia un puerto olvidado. No obstante, su llegada ha provocado sorpresa y admiración. En el libro que ahora reseño, a la manera de los detectives, el autor se empeñará en develar un sutil enigma, aludido en el título para atraer la atención de más de un lector curioso. Fue en 1992, en la villa Extremeña de Barcarrota, mientras se restauraba una casa familiar —el número 21, junto a la Plaza de Nuestra Señora—, que se hallaron diez libros, un manuscrito y una

nómina o amuleto en lo que fue una antigua alacena u oquedad de un muro. El hallazgo causó asombro por su valor histórico-bibliográfico. Entre los tesoros encontrados había una edición perdida del *Lazarillo de Tormes* (incluida en el índice del inquisidor Valdés, 1559), publicada en Medina del Campo (1554) por los hermanos Mateo y Francisco del Canto y que exaltó la curiosidad y los comentarios de historiadores, antropólogos y literatos. Se difundieron, así, las más excéntricas conjeturas respecto a la naturaleza de los libros descubiertos. Una de las hipótesis acerca de su posible origen se orientó a los alumbrados o a los moriscos. Sobre el hallazgo, Francisco Rico señaló que “los ejemplares de Barcarrota [tenían] toda la pinta de haber salido, no de una biblioteca particular, sino de las mesas de un librero irresoluto e ignorante, que prefirió ocultar mejor que destruir las obras suspectas que hubiera debido someter a la inquisición, y al hacerlo revolvó justos con pecadores” (pp. 23-24). En desacuerdo con esta opinión se traza de este modo el objetivo de “hallar la solución al enigma... inquiriendo sobre el librero irresoluto e ignorante... aunque sin precipitaciones” (p. 24).

En este libro se ofrece, además, un modelo de investigación –basado en archivos– que va tras la pista de fuentes administrativas, jurídicas y religiosas, y en cuya búsqueda lograron hallarse pruebas fidedignas acerca de casas, médicos y estirpes judeoconversas en la Extremadura del siglo áureo. El resultado es una investigación histórico-antropológica en la que fechas, nombres y hechos se sustentan en documentos, así como referencias precisas a las que el lector puede acudir en caso de duda o mayor interés.

En estas páginas se irá revelando el misterio de los libros ocultos, y pese a todos los supuestos, tras su descubrimiento se confirmará que la Biblioteca de Barcarrota exhibe elementos de unidad: perteneció a un hombre con características específicas. Cada uno de los indicios apunta a un solo hombre, Francisco de Peñaranda, médico judeoconverso originario de Llerena quien, debido a un cruce de circunstancias, en 1556 o 1557, tomó con sumo cuidado los libros, los rodeó de paja y los tapió en un muro de la villa familiar.

Pasado el hallazgo del nombre y el apellido del propietario de la biblioteca, el autor del texto se dirige a un segundo objetivo, nunca manifiesto, aunque siempre presente: los motivos y las circunstancias en que sobrevino el emparedamiento de los ejemplares. Para ello, se traza la genealogía del galeno extremeño, se indaga sobre sus relaciones con otros médicos de la época, se establece su influencia en la formación de discípulos u otros médicos y se reconstruyen las relaciones familiares de los Peñaranda. Al menos dos capítulos tratan sobre estos asuntos, apartados ciertamente interesantes, pero tediosos para quienes –a partir del título– esperan en sus páginas conocer algo acerca del universo judeoconverso de los siglos XVI y XVII. Aun-

que este libro no es una obra fundamental para entender el mundo social, religioso y cultural de los judeoconversos en la España del Siglo de Oro (puesto que se centra sólo en algunos aspectos de este universo), hay una descripción concisa, aunque pormenorizada, de la práctica médica y de la vinculación de esta ciencia con los judíos convertidos al catolicismo en el siglo XVI.

Se reconstruyen, también, las razones que llevaron a Francisco de Peñaranda a decidir emparedar los libros. Por ejemplo, con respecto a la quiromancia, la astrología, la adivinación, e incluso los exorcismos, hay que recordar que, desde la Edad Media, éstos estaban vinculados a la medicina (en el libro se cita el tratado mordaz, *Contra médicos*, en el que Petrarca generaliza la idea de que “astrología y hechicería iban unidas”, p. 26). Al respecto, Rossell Hope Robbins afirma que la hechicería estaba en todas partes: “Debido a la mezcla de culturas... la intrusión de los árabes con su herencia de astrología y adivinación, hasta las tradiciones ocultistas de los judíos—, las supersticiones tenían profundas raíces en España; la astrología y la nigromancia eran asignaturas formales en las universidades...”¹. Víctor Navarro Brotóns, por su parte, añade: “por todas las ciudades de Europa proliferaron, junto a tratados de astrología análogos a los medievales, todo tipo de pronósticos y juicios astrológicos... además, las estrechas relaciones entre la medicina de la época y la astrología se intensificaron...”². Pues bien, entre las obras que Peñaranda poseía (*Comentario de Tricasso de Mantua sobre la Quiromancia de Cocles y el Exorcismo de Mirabile*) puede verse “en un mismo galeno... la contradicción de la ciencia de la época, la coexistencia del hombre renacentista y del hombre medieval” (p. 26). Conviene señalar que no hubo tal contradicción: la mentalidad medieval todavía formaba parte del pensamiento de los siglos XV y XVI; la astrología y la medicina conservaron un gran vínculo en esa época. Eugenio Garin reconoce que la polémica sobre la astrología en el Renacimiento tuvo el mérito de destacar la multiplicidad de ámbitos en los que ésta tenía parte: “astrologia e religione, astrologia e politica, astrologia e propaganda, ma anche astrologia e medicina, astrologia e scienza: una filosofia della storia, una concezione della realtà... La polemica del Rinascimento ebbe il merito di mettere in evidenza la molteplicità di temi che vi convergevano, analizzandone i contrasti e svelando gli insanabili dissidi interni, e questo proprio nel punto in cui gli *studia humanitatis* col ritorno del mondo antico sembravano richiamare a nuova vita le infinite divinità astrali...”³.

¹ *Enciclopedia de hechicería y demonología*, Debate, Marid, 1991, p. 129.

² “Astronomía y cosmología en la España del siglo XVI”, *Actes de les II trobades d'història de la ciència i de la tècnica: Peníscola, 5-8 desembre 1992*, coord. V. Navarro Brotóns, 1994, pp. 39-52.

³ *Lo zodiaco della vita: la polémica sull'astrologia dal trecento al cinquecento*, Laterza, Roma, 2007, pp. 26-27.

En el cuarto apartado del libro, “Los juramentos de Hipócrates”, puede confirmarse la aseveración de que la profesión médica fue una labor inherente a los judíos. Y fue así al punto de que “la animadversión del cristiano viejo a seguir la senda de Galeno venía dada, no por la incapacidad o desinterés, sino por la pesadísima losa del estigma que pesaba sobre la profesión. Ser médico equivalía a reconocer, implícitamente, orígenes sucios o contaminados” (p. 26). Y los judíos, lo sabemos, eran sujetos de desconfianza. Baste, como ilustración, esta cita de Antonio Domínguez Ortiz: “los protervos enemigos de los cristianos que son los judíos y sus descendientes, aunque sean bautizados y convertidos... como lo acreditan los muchos que ha celebrado la Santa Inquisición de esta ciudad, en cuyo último salieron dos médicos con sambenito, por judíos”⁴. A pesar de su condición de judeoconvertos, los médicos gozaban de una posición económica y social bastante estable. Eran tan necesarios que “el decreto de expulsión causó perturbaciones graves en muchas ciudades que se encontraron de improviso desprovistas de servicios médicos” (p. 107). Tal es el caso de la villa de Madrid en donde el inconveniente tuvo remedio gracias al bautismo de los judíos que practicaban la profesión de médico. Los médicos judíos del siglo XVI eran personajes respetados, pese a que de vez en cuando cargaban sobre sus espaldas algunas leyendas cómicas, como que “utilizaban su arte para matar cristianos”. Ya, por ejemplo, en *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, el personaje respondía a los alguaciles de Córdoba: “y que a los médicos se les venía a vedar que después de matar un enfermo no les valiese la mula por sagrado...”⁵; pese a lo anterior, reitera a don Cleofás: “allí sacan un médico de su casa para una apoplejía que le ha dado a un obispo...”.

En el universo judeoconverso, pues, los médicos constituían los elementos de mayor prestigio social, y a pesar de los prejuicios, lograron mantener su crédito y su alta clientela: nobles y adinerados, incluso los reyes tenían un médico judío a su servicio. De ahí que los cristianos viejos tuviesen gran recelo hacia ellos, en tanto que eran figuras clave de un sector social anhelado por la mayoría.

Se afirma en el libro que Francisco de Peñaranda fue un judeoconverso del que se sabe poco. Tener raíces judías en la España del Siglo de Oro infundía temor, así como un apuro constante, por parte de los judíos, por pasar inadvertidos. Esta situación se agudizó tras los estatutos de limpieza de sangre, es decir, cuando el Santo Oficio puso la mira en quienes no tenían antepasados cristianos: “quienes tuvieron un antepasado judío o musulmán, por lejano que fuese, quedaban motejados de conversos, confesos, marranos o cristianos nuevos, nombres todos que se aplicaban a los que tenían sangre infecta”.

⁴ Ésta y las citas siguientes están tomadas de *Los judeoconvertos en la España moderna*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 210-212.

⁵ En *La novela picaresca española*, Aguilar, Madrid, 1954, pp. 1646-1660.

El enclaustramiento de los libros se debió a su temática, al rango de cristiano nuevo, y a la práctica médica que desempeñaba el propietario. No obstante, la razón original de su ocultación se halla en una obra en particular: el libro de *Alboraique*, considerado por Caro Baroja como un “tratadito dirigido contra los conversos”. Ahora bien, ¿cuál fue el motivo esencial por el que Peñaranda pudo haber conservado esta obra en su poder y, todavía más, encubrir esta posesión para que nadie lo supiese? Se aduce que “no es obra que tuviera jamás un cristiano viejo ni mucho menos un converso”. Y con gran seguridad se confirma que “su posesión entrañaba enorme peligro, pues se transmutaba en carta de identidad del poseedor...” (p. 30). El motivo, entonces, fue que el *Alboraique* se consideraba como una tenaz crítica de parte de los que permanecieron fieles a la doctrina judaica hacia todos aquellos acomodaticios y desertores: “Su posesión sólo podía atribuírsele a un criptojudío, uno que en secreto persistía en la fe de sus ancestros” (*id.*). Ya un viejo refrán de la época, atribuido a los judíos sefardíes, decía: “Más vale caer en un río furiente, que en la boca de la gente. Palabrada y pedrada no atornan atrás...”.

Francisco de Peñaranda, aunque converso, aún guardaba vínculos con sus antiguas raíces. Esta afirmación se corrobora al señalar que “probablemente... nació judío y sospecho que persistió en esas creencias y cultura toda la vida” (p. 58). Tras la lectura de *El secreto de los Peñaranda...*, se entiende que decidió preservar estos libros con la pretensión de que alguien en el futuro los encontrara y les otorgara el valor que merecían; pero quizás hubo una segunda razón, más poderosa: el afán de preservarse a sí mismo. Ése fue el máximo secreto de Francisco de Peñaranda: médico, judeoconverso, criptojudío y poseedor de libros prohibidos que, en suma, bien pudieron haberle valido la hoguera, de no ser porque su astucia lo impidió. Los libros de Barcarrota son, sin más, los libros de un médico, en una “coyuntura cultural [que] se presentaba peligrosa” para cualquiera que se hubiera ostentado como su propietario.

ARAMIZ PINEDA MARTÍNEZ
El Colegio de México

VALENTÍN NÚÑEZ RIVERA, *Poesía y Biblia en el Siglo de Oro. Estudios sobre los Salmos y el Cantar de los cantares*. Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt/M., 2010; 294 pp.

La influencia de la Biblia en la literatura española no se circunscribe a la Edad Media castellana, aunque en este período haya funcionado como fuente principal de sermonarios y relatos ejemplares. Esta in-